LAS BROMAS DE LAS MUGERES.



RELACION JOCOSA Y VERDADERA

de los trágicos azares que ocasionan las mugeres amigas de bromas y licores á sus pobres maridos, sin atender al corto jornal que ganan, con lo demas que verá el lector.

PRIMERA PARTE.

Hoy pretende mi rudeza
á mi auditorio esplicar,
lo que hacen las mugeres
cuando salen á comprar.
Hablaré por las casadas,
las de corto zagalejo,
con la mantilla caida
y de mediano gracejo.
Estas salen á las ocho
á la plazuela á comprar,
llevan la cesta en el brazo,
y á otras suelen encontrar.

Aunque no sean conocidas
se saludan cortesmente,
y dice: vamos, vecinas,
á beber el aguardiente,
Dice la mas descarada:
eche usted unas copitas,
porque estoy mas asustada
que las ánimas benditas.
¿Qué tienes, dice la otra,
que estás tan acongojada?
Te lo diré si me escuchas,
palabra sobre palabra.

Sí, muger, dí cuánto quieras,
que yo me alegraré mucho
de saber cuánto te pasa,
es todo mi mayor gusto.
Pues ya que me das licencia,
has de saber, Marianita,
que el bribon de mi marido
me tiene la sangre frita.
Con la muger del cabrero
gasta todo su jornal,
y como es corto, no podemos
satisfacernos de pan.
Sino fuera por mis mañas,
que le sé coger las vueltas
para hablar con mi querido,
ya estaria de hambre muerta.
Este es un gallardo mozo;
pero aunque no tiene oficio,
solamente su presencia
tiene mi afecto propício.
El me trae de la casa
de sus padres cuanto puede,
y regala á mi vecina
porque avise cuando viene.
Yo no sé por qué persona
mi marido lo ha sabido,
que lo mismo que un demonio
de contínuo está conmigo.
Diariamente una peseta
solo me da para comprar,
y esta quiere de que alcance
para comer y cenar.
Para almorzar sabes que hago?
sino viene mi querido,
unas sopas y un torrezno
y medio chico de vino.
Pero muger ¿no bebemos?
vaya otra ronda, Juliana;
esta dice: eche usted copas
y dos biscochos por barba.
Responde la Micaela,
sino lo tomas á enojo
no puedo menos decirte,
que lloras con solo un ojo.
Tu marido no es tan malo,
pues tanto te maravillas:
no hay dia, que el mio, á mí
no me sobe las costillas.
Si el mio á mí me entregara
una diaria peseta,
no me habia de ganar
ninguna á estar petimetra.
Yo no soy tan desgraciada,
replicó la Micaela,
tengo buen palmo de cara
y no falta quien me quiera.
Y por último, señoras,
hasta ahora no hemos bebido,
échese por mí una ronda
y vengan todas conmigo.
Todas pagaron tres veces
antes de ir á comprar;
y dan palabra á Micaela
que la han de acompañar.
Salen todas en tropel,
en amor y compañia,
y en seguida se metieron
en una buñoleria.
De estos mandaron sacar
con palabras indecentes,
que la fuerza del licor
ya las tenia dementes.
Comieron sin saber qué
mirándose unas á otras,
y hablando casi en francés
dicen: ¿quién hará las compras?
Dá el reloj las diez y media
y se fueron á comprar,
y la que gastó los cuartos
se ha tenido que empeñar.
Dejemos en este estado
aquesta primera plana,
que en otra segunda parte
la daré finalizada.



SEGUNDA PARTE,
DE LAS BROMAS DE LAS MUGERES.

Dije en la primera parte
como fueron á comprar
cada cual por su camino
con incomparable afan.
Lo mas caro y lo peor
toman sin regatear,
sin mirar que su marido
gana muy poco jornal.
Este sale al ser de dia
y dice: mira, muger,
por Dios que á las doce en punto
he de venir á comer.
Viendo esta que son las once,
por no tener desazon,
corriendo enciende la lumbre
echando doble carbon.
Garbanzos, carne y tocino,
echa á un tiempo en el puchero,
sin fregar por no acordarse
de no haberlo hecho primero.
Tanta prisa le dá al fuelle,
que se olvida de quitar
la espuma que hace la carne,
porque la echó sin lavar.
Pica al punto la verdura,
dan las doce menos cuarto,
y con un papel de estraza
limpia cucharas y plato.
Al fin, ya viene el marido,
y ella que le vé entrar,
dice: ahora llega la mia,
y así le principia á hablar.
Mal haya sea el tendero,
que me ha dado unos garbanzos,
los mas caros y mas duros,
no hay lumbre para ablandarlos.
Apenas tú te salistes,
cuando los puse á cocer,
y aunque quieras, á su tienda
no he de volver otra vez.

De manera, hombre, que estoy
enteramente aburrida,
que no he podido hacer mas
que atender á la comida.
El marido le responde:
has atendido muy bien,
¿no te dije que á las doce
habia de venir á comer?
Pon la mesa y vamos pronto,
que yo me voy á marchar,
y sin comer no me voy,
que tengo de trabajar.
Deja, le echaré la especia
y unos granitos de sal,
mientras tanto en el plato
las sopas puedes cortar.
Ya remojaron las sopas
y han principiado á comer,
cuando notan de que el caldo
amargaba como hiel.
Muger de dos mil demonios,
¿dónde tienes el sentido?
¿te has empeñado en estar
en campal guerra conmigo?
Esto no es para cristianos,
al punto esas sopas quita,
y porque nadie las vea
échalas en la garita.
Los garbanzos en la olla
todos se habian pegado,
y con la fuerza de la lumbre
se habian asocarrado.
Y viendo aquesto el marido,
todo falto de paciencia,
olla, comida y cucharas
se lo tiró á la cabeza.
Con un hueso de la carne
como era de la cabeza,
se le ha clavado en un ojo
y cayó al suelo traspuesta.
Maldiciendo su fortuna
se fué el pobre á trabajar,
y ella volviendo á su acuerdo
á comenzado á gritar.
Favorecerme, vecinas,
que me mata mi marido,
llamen la justicia, y esta
que lo ponga en un presidio.
Acude la vecindad,
y viéndola ensangrentada
la dicen: ¿por qué ha sido esto?
y ella responde: por nada.
Llaman en fin al alcalde,
y con él á un cirujano,
y atajándola la sangre
á su marido llamaron.
Este dando su descargo
en buena declaracion,
por curarla al cirujano
tuvo que darle un doblon.
Al alcalde tres ducados,
al mimistro una peseta,
y por último remate
se quedó la muger tuerta.
Esto sucede á menudo,
nadie lo puede dudar:
¿qué haya hombres viendo esto
que se atrevan á casar?
Ojo alerta, caballeros,
tomar en esto dechado,
mientras merece el perdon,
el autor, Pablo Cruzado.

FIN.

Madrid:=1850. Imprenta de D. J. Marés, calle de Relatores, núm. 17.